

Rengendrar cada día la Comunidad Educativa

Celebración de san Ignacio de Loyola: *Magis*

4 de septiembre de 2013

A san Ignacio le gustaba situarse para emitir juicios y valoraciones, para tomar decisiones, para orar, para discernir, para todo... Pues bien, desde esta nuestra concreta “situación” podemos preguntarnos: ¿no podrías san Ignacio enseñarnos cómo hemos de vivir y amar hoy esta Universidad? ¿Cómo vivía y amaba él el Instituto de la Compañía que vio surgir de entre sus manos y a su alrededor? ¿Cómo se sentía él jesuita y –por reflejo, cómo me siento yo educador/académico ignaciano-? ¿Qué significó para él pertenecer a la Compañía de Jesús, y cómo lo vivió –por contraste, qué significa para mí pertenecer a la Ibero León, y cómo lo vivo?

1. Mi pertenencia a la Universidad

Aunque pudiera resultar sorprendente, es necesaria una primera respuesta muy fundamental: san Ignacio no vive la Compañía como una obra suya, personal, de su propiedad, de la que tiene “derechos reservados”, como si fuera una creación proyectiva de su propia persona, algo que ha necesitado realizar para “realizarse”...

San Ignacio siente la Compañía como obra de Otro, del Señor. La siente como una misión, una tarea, de cuya importancia y de cuya complejidad es muy consciente. A san Ignacio le entusiasma la Compañía, que intuye y espera durante muchos años, pero le asusta la Compañía y quiere que no se le oculte a nadie que pretenda entrar en ella, que se trata de una empresa ardua y sencilla a la vez, de algo que en última instancia necesita ser realizado no por la mano del ser humano, aunque sí con toda la colaboración posible de personas movilizadas por una gran esperanza en la “suma sapiencia y bondad... que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús como se dignó comenzarla”¹.

No sólo mientras camina hacia ella, sino igualmente después de que la Compañía es ya una realidad constituida, Ignacio de manera permanente **la vivirá con conciencia de que va siendo “llevado”, de que es “empleado” por el Señor, para ella.** Esta convicción fundamental parece que debería debilitar su entrega, pero, al revés, la hace más comprometida, más responsable, más audaz –como quien tiene bien experimentado que “es menester en Él sólo poner la esperanza”² –, y hasta le hace más libre: toda la melancolía que podrá tener en su vida le vendrá “si el Papa deshiciera la Compañía del todo y aun así con esto yo pienso que si un cuarto de hora me recogiese en oración quedaría tan alegre y más que antes”³ – y lo hace, por supuesto, más constante y tenaz en las tribulaciones y problemas a través de los cuales ha de ir abriéndose camino esta historia. ¿Cómo llegué a la Universidad? ¿De qué azares, personas, circunstancias, coincidencias se valió el Señor para traerme hasta aquí? Hacer una relectura, desde la fe, de mi estar hoy aquí. ¿Con qué conciencia vivo mi pertenencia a la Universidad? ¿Qué tiene que ver el Señor en esta historia?

Porque de historia se trata. La Universidad no es un objeto inerte, sino una vida que se transmite y que se abre por sí misma camino. Algo que hay que ir haciendo todos los días y que se va entendiendo en la medida en que se va haciendo. San Ignacio murió **haciendo y**

¹ *Constituciones* 134.

² *Constituciones* 812.

³ P. González de Cámara, *Memorial*.

entendiendo cada vez más la Compañía. Hacer y entender a la Universidad hoy. Es una historia, en fin, dentro de la historia del hacer de Dios con la humanidad, una parte de este hacer divino.

2. Misión y Comunidad Educativa

Los especialistas no se ponen de acuerdo sobre cuándo le empezó a Ignacio la idea de fundar la Compañía. Probablemente en Manresa, junto al río Cardener, aseguran unos⁴. Quizá, como asegura el P. Nadal, aún durante los estudios en París “era llevado suavemente a donde él no sabía, ni pensaba entonces en la fundación de una orden”⁵. En todo caso, lo verdaderamente decisivo es que desde muy al principio de su vida de converso, san Ignacio vive irresistiblemente un “propósito” (hoy diríamos una “Misión”) suficientemente luminoso como para arrastrarle, pero también suficientemente impreciso como para obligarle a tantear, experimentar, discernir, conferir cómo hacerlo concreto, darle cuerpo y forma humana en la historia viva. Esto sería tarea de años.

Otro dato decisivo es que este “propósito” se presenta desde el principio como algo irresistiblemente contagioso, que necesita ser comunicado. Ignacio comienza a compartirlo y el resultado es un grupo de “compañeros”entorno a él, una serie de existencias humanas que en un momento determinado ya no pueden romper entre sí, ni siquiera para vivir ese propósito dispersos, abandonados cada uno a su propia suerte, porque ese propósito les ha cohesionado también entre sí fuertemente como personas que ya se necesitan y se pertenecen mutuamente. No sólo han entregado su existencia a ese propósito, sino que han desarrollado, y ahora lo descubren, una fuerte **reciprocidad** personal en esta entrega. El “propósito” –que es la causa de Jesús formulada en palabras de Ignacio– ha creado la comunidad de Jesús, y ambas cosas son ya una única realidad indivisible. “Propósito” y grupo humano, misión y comunidad se han fundido definitivamente. Porque si bien es verdad que la comunidad no tiene sentido sin la misión, también lo es que ésta deja de ser tal “una misma intención y voluntad”⁶ fuera de la comunidad. No somos cualquier Comunidad Educativa, lo ignaciano, más allá de describirnos nos funda en una tradición de casi quinientos años, nos alienta en el presente colmándonos de esperanza y confianza en el Aquel que quiso llamarnos a constituirnos en amigos suyos: Somos una comunidad de amigos en el Señor.

3. Pues bien, la pregunta inicial que nos ha llevado a ver muy someramente a Ignacio ante la Compañía que se iba haciendo delante de sus ojos y entre sus manos, la podemos repetir aquí y ahora sobre nosotros mismos, que con humildad nos reconocemos educadores ignacianos - aquellos que san Ignacio llama “nuestros sucesores, si Dios quiere que tengamos imitadores que nos sigan en este camino”⁷. ¿Cómo siento y cómo sienten mis compañeros la Comunidad Universitaria hoy? ¿Qué significa para mí y para nosotros, en concreto, pertenecer a la Ibero León hoy?

Pienso que de alguna manera nos toca algo así como desandar hacia atrás la experiencia de Ignacio. A saber, de una institución ya constituida y, por supuesto, sin pretender deshacerla, rehacer aquel primer momento, recuperar aquél primer amor que les hace sentirse perteneciendo “recíprocamente”, redescubrir de modo casi tangible, como los primeros compañeros, que pertenecer a la Comunidad Educativa no es dar el nombre a una institución humana protectora, ni aún comprometiéndose a aceptar unas reglas de juego y de acción, ni

⁴ *Idem* 137.

⁵ P. Nadal, *Chronicon* 252.

⁶ Deliberación de los Primeros Padres n. 3.

⁷ *Formula Instituti Societatis Iesu* n. 6.

sólo disponerse a aspirar junto con otros a la consecución de un objetivo compartido –como lo declara la Planeación Institucional-, sino también poner a disposición de todos los demás convocados “lo que uno tiene y es”⁸, y acoger lo que los demás convocados tienen y son. Tomar conciencia cada vez más profunda del servicio educativo al que Dios nos llama uniéndonos y convocándonos recíprocamente, para concluir con nueva fuerza que debemos “antes bien confirmar y establecer más la unión y congregación que Dios ha hecho reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y manteniendo inteligencia para el mayor fruto de las almas”. Sencillamente porque lo quiere Él y porque lo esperan nuestros estudiantes.

Esta convicción fundamental comporta una conciencia nueva, dinámica, de nuestro “pertenecer” a esta Universidad, que no puede reducirse a un momento (una fecha que consta en los archivos administrativos y que se evoca el día del maestro cuando han transcurrido 20 o más años) y a un acto, el de la firma de un contrato, por el que somos constituidos miembros. Como si luego no quedase otra preocupación que “sobrevivir en esta Universidad”, conservar y defender el propio estatus. Si la pertenencia ha de ser algo vivo, una actitud permanente de cada educador ignaciano, un deseo consciente, claro, libre y gozoso, de meterse en la dinámica permanente del Dios que nos con-voca todos los días, un deseo de vivir hasta el fondo esa “reciprocidad” que Él funda y quiere, y de hacer Comunidad Educativa Universitaria responsablemente todos los días.

Por eso, pertenecer a esta Comunidad Educativa Ignaciana es, en lo concreto, involucrarme y aportar responsablemente en los procesos de análisis, de reflexión, y de innovación educativa. Es sentar sobre la base del diálogo y el respeto el conjunto de mis relaciones con mis estudiantes. Es abrir con transparencia y solidaridad a mis compañeros académicos mi propia existencia para realizar la misión que busco y construyo con ellos. Y, naturalmente, acoger la existencia que los demás aportan. A este doble proceso de entregar y aceptar la mutua existencia ha de llegar nuestra pertenencia a la Comunidad Educativa si queremos que sea algo más que un compromiso jurídico sancionado por unas leyes. Porque la verdadera pertenencia a la Universidad, como la pertenencia a la Iglesia, es profundamente vital y realista, como lo es la fe misma que la alimenta y vincula a seres humanos concretos que buscan, tropiezan y aciertan, como busca, tropieza y acierta uno mismo.

4. Esta pertenencia, hecha de transparencia mutua, de participación, de corresponsabilidad y reflexión conjunta para acordar actuaciones educativas eficaces, admite en lo concreto de la vida infinitas expresiones: -es dolerle a uno como propio el dolor del otro, más allá de las relaciones profesionales; -es vivir con gozo y con agradecimiento las realizaciones, antiguas y nuevas, y la actual búsqueda de la Universidad por transformar e innovar su servicio educativo para mejorarlo; -es recoger y venerar como regalo sagrado la vida de nuestros estudiantes y de nuestros compañeros, los antiguos y los actuales, y no despreciarla ni malbaratarla; -es comprender los excesos de los padres de familia de nuestros estudiantes, y de nuestros propios estudiantes; -es asumir esta historia concreta de la Comunidad Educativa de la Ibero León no como algo ajeno, que se contempla desde fuera, sino metiéndose en ella, haciéndola, gozándola y sufriendola, porque nuestro “propósito” común es una fuerza social y para el servicio de esta sociedad, para esta historia concreta en la que ya se inicia el Reino...

Desde esta pertenencia es fácil y es gozoso “sentirse orgulloso” de la Universidad, y el “hablar bien” de ella se hace una necesidad y no tiene que ser pedido por nadie.

⁸ *Congregación General 32, D. 2 n. 18.*

Termino. Muchas cosas podríamos comentar en este momento y cuesta trabajo poner fin a este tema. Pero escuchando en el Evangelio ese examen de identidad que Jesucristo hace a sus discípulos, se me ocurría trasponer a nuestra Comunidad Educativa unas preguntas parecidas: ¿qué dicen los demás que es la Ibero León? ¿Qué decimos nosotros que es la Ibero León? También aquí la respuesta no nos la da la carne ni la sangre, sino el Padre que está en lo alto. Somos lo que construimos cada día, somos lo que, congregados cada día, vamos siendo. Y Él está en el origen de esta congregación y unión, convocándonos cada día, y está en la esencia de esa reciprocidad que nos debemos y que es el corazón de nuestra pertenencia a la Comunidad Educativa de la Universidad Iberoamericana León.

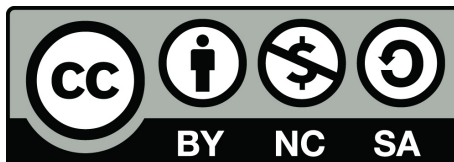
La imagen de la Universidad que nos reflejan los múltiples alumnos que ganan concursos estatales, nacionales e internacionales, es la más convincente revelación de esta verdad. Allí donde es más viva la conciencia de aquello que estamos llamados a construir cada día “Dios continúa haciéndola crecer cada día” y la Universidad crea respuestas nuevas a nuevos desafíos, dando testimonio de Aquel cuyo nombre lleva –en la raíz de su tradición y de su orgullo– con poca modestia, pero con una impresionante esperanza. Esta impresionante esperanza que en Él hemos de poner, como Ignacio, es la que nos mueve a agradecer hoy, en su celebración, el buen hacer de esta Universidad en muchos ámbitos a lo largo de 35 años.

En este gozo nos unimos de nuevo a Ignacio –y con sus propias palabras terminamos-, que escribía así a san Pedro Canisio⁹:

“Conoce, examina la vocación a la que fuiste llamado en virtud de la gracia que te fue dada en Cristo, ejércela, insiste, con ella comprométete, que no permanezca en ti ociosa, nunca la resistas, porque Dios es el que obra en ti el querer, como el actuar, en virtud de su beneplácito, que es en sí y por sí infinita y super glorioso e inefable por Cristo Jesús. Te dará el Señor inteligencia en todo y fortaleza, a fin de que el nombre del Señor, en esperanza de vida plena, por tu medio, en muchísimos fructifique y sea ilustrado”.

Marco Antonio Bran, S.I.
4 de septiembre de 2013.

⁹ Carta al P. Pedro Canisio, 2 junio 1546.



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-NC-SA 3.0) de Creative Commons.

Usted es libre de:

- Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra
- Hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Compartir bajo la misma licencia — Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

Para ver una copia de esta licencia, visite:
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es_ES o envíe una carta a
Creative Commons, 171 Second Street, Suite.